
LAS COMUNIDADES IMAGINADAS DE BENEDICT ANDERSON

Alan Floyd Moore
Universidade da Coruña

Resumen

Han pasado casi treinta años desde la publicación de *Las Comunidades Imaginadas: Reflexiones acerca del origen y la expansión del nacionalismo*, de Benedict Anderson. Su tesis es que el nacionalismo es un fenómeno que surgió en los siglos dieciocho y diecinueve, impulsada en parte por la unidad lingüística basada en la imprenta. La nación es una comunidad “imaginada”, es decir, que vive primero en la mente de los líderes políticos, y sus miembros ni siquiera se conocen entre sí. Los defectos del nacionalismo son, según Anderson, que el resultado sea una nación excluyente de pueblos vecinos e inmigrantes, y que la identificación con pueblos del pasado les lleva a ver la historia desde un punto de vista racista. Algunas actitudes nacionalistas en la política tienen similitudes con las puristas y “prescriptivistas” en el mundo de la lingüística. Consideramos que en rasgos generales, las opiniones de Anderson son válidas.

Palabras clave: nacionalismo, identidad, comunidad, prescriptivismo lingüístico.

Abstract

Almost thirty years have passed since the publication of *Imagined Communities: Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*, by Benedict Anderson. His thesis is that nationalism is a phenomenon born in the eighteenth and nineteenth centuries, propelled by the linguistic unity based on printing. The nation is an “imagined community”, that is, it lives firstly in the minds of the leaders of the peoples, and its members do not even know each other. The drawbacks of nationalism occur when, according to Anderson, when the nations it gives rise to exclude neighbouring peoples and immigrants, and when their identification with peoples of the past leads them to observe history from a racist point of view. Some nationalist attitudes in politics have similarities

with those of purists and prescriptivists in the world of linguistics. I consider that Anderson's opinions are broadly correct.

Keywords: nationalism, identity, community, linguistic prescriptivism.

Artículo

1. INTRODUCCIÓN: LA IDENTIDAD

Cualquier diccionario admite dos tipos de "identidad", aunque relacionadas: una es la "identidad" objetiva, real, indiscutible y obvia, como en: "Se conoce la identidad de los sospechosos", mientras la otra es más subjetiva, ya que es el propio individuo el que se identifica con otras personas o entidades, considerando que comparte los mismos rasgos que otras personas o que simpatiza con ellas, como en: "Me siento identificado con este pueblo". Efectivamente, nuestra identidad es, en algunos casos, algo inalterable e incuestionable. No dudamos en ningún momento, y tampoco nos podemos evitar, identificarnos con nuestro nombre, sexo, ocupación, relación familiar (hijo, tío, padre, madre, etc.) o incluso raza. Pero existen otras identidades que están sujetas a la polémica, la opinión y al gusto personal: nuestra identificación con un partido político, club de ocio o sociedad anónima, por ejemplo, puede desaparecer de un día para otro cuando perdemos la voluntad de seguir perteneciendo a ellos.

¿Dónde se encuentran la nación y la nacionalidad, dentro de esta gama de identidades? Es indudable que la nación, una vez ideada y creada, perdura en el tiempo, mientras que el segundo grupo carece de este rasgo; pero, la nación y la nacionalidad, ¿son inalterables? Está claro que no: los regímenes caen, las banderas cambian, las fronteras se mueven, a veces cientos de kilómetros, ya sea por el resultado de una guerra, o por los deseos de un líder, la comunidad internacional o la voluntad de un pueblo. Naciones que existieron durante cientos de años de repente son engullidas por otra u otras, se hacen parte de una federación o imperio. Sin embargo, el nacionalismo muestra una capacidad impresionante de sobrevivir en una era de globalizaciones, macroeconomías, multinacionales, medios de comunicación de masas, cultura transnacional, federalismo, regionalismo, internacionalismo, etc. Contra todos los pronósticos, está vivo, y parece que cada vez más, tanto a nivel popular como a nivel académico, lingüístico y político.

El libro del profesor de la Universidad de Harvard, Benedict Anderson (1983) *Imagined Communities: Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*, nace, aparte del estudio académico, de las experiencias vividas por el autor en el sudeste asiático durante varios años. A pesar del paso del tiempo, sigue teniendo validez hoy, casi treinta años después. El autor no habla de "comunidades imaginarias", sino de "comunidades imaginadas", es decir, que existen en nuestras mentes y por ello son reales. Las citas más famosas de la obra son las que afirman que: "El nacionalismo es una comunidad política imaginada. Es imaginada porque ni siquiera los componentes de la nación más pequeña conocerán a la mayor parte de sus compatriotas en persona; no sabrán ni siquiera sus nombres, pero sin embargo, en la mente de cada uno de ellos vive la imagen de su comunidad" (Anderson, 1983: 6). Y sigue en la página siguiente: "Finalmente, [la nación] se imagina como comunidad porque,

ignorando las desigualdades y explotación existentes en cada nación, ésta siempre se concibe como una camaradería auténtica y sin jerarquías: en última instancia, es esta confraternidad que ha hecho posible que, durante los dos últimos siglos, tanta gente... hayan dado su vida por unos espejismos tan indefinidos” (Anderson, 1983: 7). Sin embargo, distingue entre lo imaginario y lo imaginado, a diferencia de Gellner (1983), quien afirma que el nacionalismo inventa naciones donde no existen, mientras que Anderson, en principio, no atribuye falsedad a tales figuraciones.

2. LA HISTORIA DEL NACIONALISMO, SEGÚN ANDERSON

Anderson asocia el origen y auge del nacionalismo con la época del nacimiento de los Estados Unidos, en contra de la idea Euro-centrista (la noción de que absolutamente todo tuvo su origen en Europa). También lo asocia con el declive de la religión como fuerza social, y de la figura del rey como si de un representante divino se tratara, argumentando que el nacionalismo ofrece el mismo sentido de continuidad y un tipo de “inmortalidad” o permanencia colectiva, según el mito de la nación como unidad estable.

Anderson sugiere que el auge del nacionalismo coincidió con, y fue impulsado por, el auge de la imprenta. Este hecho, que puede parecer neutral, significaba que las fronteras lingüísticas estuvieran marcadas con claridad, a veces coincidiendo con las fronteras nacionales. Los habitantes de los demás países no entendían “nuestra” escritura, lo que les alejaba de “nosotros”. La imprenta creó la identidad lingüística porque la gente se percató de los cientos, miles o millones de personas que escribían y leían la misma lengua que ellos: “...y al mismo tiempo solo esos cientos, miles o millones de personas pertenecía al grupo.” (Anderson, 1983: 44) La imprenta también proporcionó una característica de permanencia a las lenguas. Los libros se hicieron entes estables y fijos, y no estaban sujetos a los errores que pudiese cometer un monje o un escribiente, el lenguaje se hizo menos cambiante y más estándar, asumiendo más o menos su forma moderna.

Con el auge de la nación, aumentó el protagonismo de los idiomas nacionales. Antes, se había creído que la misa sólo se podía celebrar en latín, ya que este idioma era divino, creencia que apoyó y extendió la iglesia de Roma en beneficio propio. De la misma manera, sólo el árabe expresaba bien el mensaje divino del Korán. La teoría de Sapir-Whorf era aceptada en su versión más extrema: el signo lingüístico no era arbitrario, y lo divino se expresaba en latín, “la lengua divina”, como en ningún otro idioma, mientras nadie se creía la idea de que todos los idiomas reflejaba igualmente el mundo real. Pero con el nacimiento de la imprenta, circularon libros masivamente en los distintos idiomas nacionales. Anderson cita los libros de Martin Luther como la primera circulación de libros en masa. Al escribirse en alemán, se leyeron sus obras en todo el país, a diferencia de las obras en latín, que tenía una comunidad de lectores mucho más reducida. A continuación, como ha pasado con todos los nacionalismos, el nacionalismo alemán procuró que las clases populares se interesasen por la política y apoyasen los nuevos estados. Así, la distribución de los libros impresos en el idioma nacional facilitó la expansión del nacionalismo como fenómeno popular.

Nos hacemos conscientes de nuestra nación a lo largo de nuestra infancia, adolescencia y madurez. Anderson nos recuerda que este proceso de “nacionalización” tiene algunos rasgos extraños: somos las mismas personas que nacimos hace años, pero no sentimos culpabilidad por las cosas que hicimos en la locura de la adolescencia porque no nos identificamos con ella. Sin embargo, sí nos podemos sentir identificados con una nación cuyo pasado está envuelto en las tinieblas y con unas personas que nada tienen que ver con nosotros. Tajfel (1978) investigó cómo se forman y se mantienen los grupos de personas, incluso por cuestiones absurdas, por ejemplo, por el hecho de tener el pelo rubio, por tener los ojos azules, por la preferencia por un pintor o un músico frente a otro, etc. Así, incluso cuando los grupos se forman al azar, tirando una moneda al aire, asumimos esa identidad muy fácilmente. Los humanos creamos grupos: □ aunque no sean rivales a largo plazo, no tengan una historia de antagonismo, no sea gente frustrada, no compitan por recursos limitados, o ni siquiera se conozcan. Requiere un gran esfuerzo no hacerlo. Una vez que las fronteras entre los grupos se han establecido, ser miembro del grupo adquiere importancia. □ (Tajfel, 1978: 33-34) De la misma manera, es muy fácil ver cómo líderes maquiavélicos se aprovechan del entusiasmo del pueblo por su nación imaginada para auparse al poder y manejarlo, usando banderas, himnos y uniformes.

Los líderes de los movimientos nacionalistas de los siglos dieciocho y diecinueve eran hijos de su tiempo, y no eran más progresistas, en algunos casos, que los representantes de los imperios que les precedían. Por ejemplo, Anderson cita a la actitud racista de Simón Bolívar, quien afirmó que una revuelta de los negros era mil veces peor que una invasión de los españoles. Thomas Jefferson, como la mayor parte de los líderes del movimiento de la independencia norteamericana, tenía esclavos, y se puso furioso cuando el gobernador británico publicó un bando por el cual quedaban liberados.

Por poner otro ejemplo, en el Tratado de Easton (1758), los británicos prometieron no pasar de las montañas Allegheny en sus pretensiones coloniales, a cambio de la neutralidad de los nativos en la guerra contra Francia. Los británicos proclamaron en 1763 que los territorios al oeste de las montañas Apalaches estaban reservadas a los indios, pero los colonos americanos no consideraron vinculantes estos acuerdos y siguieron el proceso de expansión en detrimento de los nativos. A veces, las nuevas nacionalidades fueron impulsadas y lideradas por personas eran tan arrogantes y exclusivistas como sus antecesores imperialistas.

De ahí que la inmigración de otros países puede llegar a ser considerada enemigo de los nacionalismos, porque al diluir la sangre pura de la nación, también se diluye su compromiso con el país. Edwards (2009: 181) hace referencia a la reacción de los independentistas quebequeses a la derrota en el referéndum de 1995, cuando los quebequeses rechazaron la independencia de Canadá por un estrecho margen: tras conocer los resultados, Jacques Parizeau, el líder del Partido Quebequés, realizó un polémico discurso, en el que se refirió continuamente a los franco-canadienses como “nosotros” y achacó la derrota al “voto económico y étnico”, en referencia a los inmigrantes, pueblos nativos indios y los quebequeses anglófonos. Otro caso más cercano en el tiempo es el de la Liga Norte italiana, cada vez más secesionista y xenófoba, que clama contra los “inmigrantes” llegados del sur de Italia.

3.- LOS INCONVENIENTES DEL NACIONALISMO

Con el triunfo de los nacionalismos, necesariamente pierden unos y ganan otros, pero a veces sólo ganan unos pocos. Anderson (1983: 161) nos recuerda que: “Son los líderes, no los pueblos, que heredan... los palacios,” y que “... a menudo, durante la creación de naciones nuevas, uno ve un entusiasmo popular genuino, mientras coexiste una manipulación sistemática y maquiavélica de la ideología nacionalista a través de los medios de comunicación, el sistema educativo, etc.” (Anderson, 1983: 113) A veces, remplazar una élite por otra no aporta ningún beneficio a los pueblos.

John Edwards (2009), que piensa de manera parecida a Anderson, observa que de todas las identidades colectivas, la identidad nacional es quizás la más fundamental e inclusiva. Los pueblos necesitan estos anclajes, porque, afirma Edwards, los viejos elementos de familia y aldea se erosionan debido a las presiones ejercidas por la ciudad y la modernización. La nación, la escogida, la soñada, tiene continuidad a través del tiempo, como la tienen las lenguas. Pero, a veces nos engañamos si nos identificamos con pueblos del pasado. El sentido de la nación turca como ente prolongable indefinidamente a través del tiempo quiere decir que un turco no pueda admitir una masacre de armenios un siglo después del acontecimiento, incluso cuando son hechos probados.

Por ejemplo, he asistido a la presentación de un libro español que trata del ataque de Sir Francis Drake a la ciudad de La Coruña entre el 5 y 18 de mayo de 1589. Afirma el autor que las pérdidas de los ingleses eran superiores que las de la Armada Invencible el año anterior. Independientemente del hecho de que Inglaterra no era la misma unidad política que hace 400 años, cada país exagera la victoria de los habitantes del país donde vive o de donde procede. Ciertamente, ¡en Inglaterra, nunca mencionan esta batalla en las clases de historia! De la misma manera, los ingleses sabemos que en la Inglaterra de los tiempos de los romanos, nuestros antepasados puede que hayan estado tanto en el bando inglés como en el bando romano, pero exageraremos el valor de los nativos y la brutalidad de los romanos porque los nativos habitaron “nuestro” trozo de tierra.

¿Por qué debe un turco o un inglés o un español de hoy en día identificarse con los turcos, ingleses o españoles de hace un siglo? El hecho de que nací en Inglaterra ¿quiere decir que debo identificarme con Drake y en contra de María Pita o al lado de Nelson contra Napoleón? Cuando ni yo ni mi familia tenemos nada que ver con ellos. Por ejemplo, mi apellido, “Floyd”, tiene raíces celtas, pero no por ello me siento identificado con los celtas. Es posible que mis antepasados hayan luchado en contra o a favor de Nelson o Drake. Hoy en día esto no tiene relevancia. De hecho, la tripulación del buque de Nelson, el *Victory*, en la batalla de Trafalgar, estaba compuesta por 22 nacionalidades, y las tripulaciones de otros barcos, un total de 18.000 hombres (y una sola mujer) incluían irlandeses, africanos, americanos, canadienses, rusos, franceses y españoles; estas últimas dos nacionalidades luchaban así contra las armadas de sus propios países (ver página web).

Ni siquiera las fronteras de estos países son las mismas hoy en día que en el pasado. Inglaterra tenía un imperio hace un siglo, pero ahora es un país de tamaño medio dentro de la Unión Europea. Escocia, que formaba parte de este imperio, ha

sido independiente y puede volver a serlo, ha sido dueño de las islas a su alrededor, incluido la Isla de Man, y se compró las Islas Hébridas a Noruega en el siglo 13. Así vemos que ninguna nación tiene unas fronteras fijas. ¿A qué época debe uno remontarse para definir esa nación con la que nos queremos sentir identificados? Y, cómo defino a esa nación, geográficamente, políticamente o étnicamente? Nunca se nos dice cuál de estos elementos es el definitivo. Gellner (1964) dice que es el nacionalismo que inventa naciones, no vice-versa, y no está muy equivocado.

¿Estarían contentos los nacionalistas británicos o ingleses de hoy en día si viviesen en tiempos del imperio, cuando las mujeres no podían votar y la mitad de los niños se morían antes de llegar a la adolescencia? Estarían de acuerdo con los métodos de Winston Churchill, que introdujo el uso de armas químicas a Iraq cuando los árabes y kurdos se levantaron contra la ocupación británica en 1920. Churchill, el entonces Secretario de Guerra y de Aire, sugirió el uso de “bombas asfixiantes” para acabar con la rebelión. Algunos miembros del Gabinete expresaron su repulsa, citando el horror que tales armas habían causado durante la Primera Guerra Mundial, pero Churchill respondió: “No entiendo esta repugnancia por el uso de gas venenoso. Estoy muy a favor de su uso contra tribus primitivas” (Simons, 1994). Los ingleses, hasta el siglo veinite, eran culpables de marginar a Escocia, Gales e Irlanda. Aparte de los muchos ejemplos que se podrían dar de la política y la economía, los ingleses se apoderaron de la cultura y la lengua. Shakespeare mismo hace que John of Gaunt, en un famosísimo soliloquio, llame “Inglaterra” a toda la isla de Gran Bretaña: “This sceptred isle... this England” (Vida y Muerte del Rey Ricardo II: Acto II, Escena I). “Escocés” era un insulto durante los tiempos de los Tudores: una persona que llamaba a otra “Escocés” podría perder el sueldo de siete semanas. La Enciclopedia Británica llegó a negar la propia existencia del País de Gales durante el siglo diecinueve. En el sitio donde por orden alfabético tendría que estar “Gales”, ponía “Para Gales, ver “Inglaterra”. De este tipo de insensibilidad también nace el nacionalismo moderno.

Pero, por otra parte, estarían a gusto los galeses o los gallegos viviendo con los antiguos celtas, con sus tribus peleándose entre sí, su esclavitud, sus sacrificios a los dioses y su pillaje? Edwards (2009: 47) afirma: “Es innegable que la imagen que se ha hecho popular -de gentes que vivían una existencia paradisiaca, después obligadas a adaptarse a unos visitantes foráneos cuyas intenciones y deseos eran completamente diferentes y con una voraz ansia de poder- no es verídica”. Los nacionalistas, como dijo George Orwell (1945: 283), creen que su nación es la más fuerte, o si no lo es, que debería serla, la que más merece serlo; y el nacionalismo es el hambre del poder. Orwell (1945: 294), asimismo, vio importantes rasgos de racismo en el nacionalismo celta: “Se afirma que el celta es superior, espiritualmente, al sajón -más sencillo, más creativo, menos vulgar, menos clasista..., pero lo que se encuentra bajo esa superficie es en realidad la misma hambre de poder”.

4.- EL NACIONALISMO Y EL “PRESCRIPTIVISMO” LINGÜÍSTICO

El “prescriptivismo” o “normativismo” lingüístico es el establecimiento de reglas para el uso de una lengua, a veces entendidas como obligatorias para los

hablantes. Se trata de una forma de estandarización. Existe un paralelismo entre la creencia en la pureza de la nación y la creencia en la pureza de la lengua propia de dicha nación. Sin embargo, es fácil ver que todas las lenguas, como todos los países, han cambiado con los tiempos. Ninguna lengua fue “pura”, ni tuvo un sonido mágico o ideal o comunicaba mejor los sonidos de la naturaleza. Ningún idioma en sí es mejor que otro, y muchos tienen la misma fuente indo-europea. Todos son más sencillos o más complejos que otros en algún aspecto. Como apuntó Peter Trudgill: “No se puede afirmar que ningún dialecto sea superior o inferior, lingüísticamente, a otro. No existe ninguna prueba que un dialecto sea más expresivo o más lógico que otro. Los dialectos estándar son sencillamente los que han coincidido históricamente con las zonas más ricas y las clases acomodadas. Nuestra valoración de los diferentes acentos y variedades depende de nuestra percepción de esa comunidad” (Trudgill, 1975: 26).

El nacionalismo suele venir acompañado de un cierto “prescriptivismo” lingüístico, lo cual lleva a cierta planificación lingüística, y tiene necesariamente que marginar a algunos idiomas o variedades con respecto a otros. El ala más conservadora de todos los países incluye personas que defienden la supuesta pureza de una cierta forma de su idioma. Los periódicos ingleses todavía reciben cartas rechazando formas no-tradicionales del idioma, y en el mundo hispano y francófono son mayoría los lingüistas “prescriptivistas”, hecho que es una reacción natural en contra de la influencia del inglés. Pero prácticamente todos los lingüistas del mundo anglosajón defienden el punto de vista “relativista”, contrario a la imposición de normas.

Los nacionalismos han querido usar el idioma como arma contra lo que consideran idiomas imperiales o imperialistas. Pero todos deben escoger unas formas en detrimento de otras. En Gran Bretaña, coexisten dos idiomas en Gales, en Escocia coexisten el inglés, el gaélico escocés y el escocés. Para los documentos oficiales se usan los dos primeros. En Cataluña coexisten el catalán y el castellano, a veces con cierta tensión, y lo mismo ocurre en Galicia con el gallego y el castellano. El gallego actual ha tenido que ser “prescriptivista”, aceptando unas formas y rechazando otras para llegar al gallego normativo. Cualquier gobierno en Galicia, Cataluña, Escocia o Gales tiene que elegir a cuál de sus idiomas quiere dedicar su esfuerzo y dinero, y a cuál de las variedades del idioma regional se quiere fomentar. Cualquiera de las comunidades que los hablan se sentirá más o menos satisfecha con el trato recibido en esta lucha por el poder lingüístico.

Edwards (2009: 100) menciona una visita a un congreso en Santiago de Compostela durante la cual una discrepancia de la ortografía entre el portugués y el español llevó a la gente a estallar en lágrimas. Este acontecimiento demuestra, según él, que cuestiones de identidades de grupo e idioma son casi sagradas, y cita el siguiente texto de la Biblia: “El verbo era Dios”, para demostrar la importancia que siempre ha tenido la lengua. Las religiones y las lenguas se han ido expandiendo en paralelo: el árabe con el islam, el latín y el español con el catolicismo, el judaísmo con el hebreo. Surgen mitos asociados con la naturaleza sagrada de las lenguas. Los nacionalistas galeses llegaron a afirmar que el galés era el idioma del edén, los

daneses que el danés era el idioma original del hombre, mientras que Leibniz creyó lo mismo del alemán. Los nacionalistas irlandeses afirmaron que el inglés era una lengua sórdida y que le faltaba alma, mientras que el irlandés era el instrumento y la expresión de una cultura puramente católica. De la misma manera, los ingleses siempre vieron al irlandés como una lengua bárbara. Los puristas del nacionalismo y de los idiomas tienen mucho en común.

Es cierto que muchas personas están preocupadas por la desaparición de su lengua, incluso idiomas importantes como el polaco y el danés. (Jensen, Christian & Jacob Thøgersen, 2011) Existe una “ecología lingüística” académica, que defiende los idiomas en extinción, pero como comenta Edwards (2009: 245): “[...] es difícil aseverar que haya hecho algo por alguien, excepto, por supuesto, para aquellos eruditos que han encontrado una oportunidad de publicar artículos... y promover debates, aunque hayan sido sólo debates entre ellos mismos”. Pero si somos capaces de separar la política de la lingüística, ¿cuánto se pierde realmente si un idioma desaparece? ¿Han desaparecido las formas de pensar y la cultura de los que hablaban latín y griego antiguo, ahora que nadie habla esos idiomas? ¿Tiene sentido la afirmación de Phillipson, que la propagación del inglés significa “la imposición de nuevas estructuras mentales”? (Phillipson, 1992: 166). Yo, personalmente, diría que no. Después de vivir en medio de dos culturas y dos comunidades lingüísticas, puedo afirmar que se puede expresar casi todo en los dos idiomas; de lo contrario, la traducción no sería posible.

Los idiomas son un vehículo para el entendimiento, y poner fin a la situación de la Torre de Babel no es totalmente negativo. ¿Cómo podría hablar un kazajo con un japonés sin un idioma universal, como hoy en día lo es el inglés? No es en absoluto negativo poder expresarse en más de un idioma, y aparte de facilitar la comunicación entre personas, lleva a la posibilidad de compartir más de una identidad, hecho que fomenta la tolerancia.

5.- PUNTOS DISCUTIBLES

Coincido en casi todos estos puntos con Anderson y Edwards, pero en algunos, su lógica flaquea. El más importante, en mi opinión, es que Anderson no entra en los matices del nacionalismo, que es un fenómeno mucho más complejo que lo que describe aquí. Existen nacionalismos socialistas, liberales, marxistas, conservadores, moderados, extremistas. Además, existen nacionalismos de países existentes, de países que ahora son considerados regiones, de países que no han existido nunca, de los que han dejado de existir, etc.

Una segunda consideración es que, cuando argumenta que el auge del nacionalismo ocurrió a causa del declive del derecho divino de los reyes y de la religión, no podemos estar seguros de que esto sea cierto. Sólo podemos atestiguar una coincidencia en el tiempo, que no puede ser considerada una prueba. Además, cuando afirma que el nacionalismo es un fenómeno relativamente nuevo en el siglo dieciocho, se olvida de muchos ejemplos anteriores: sólo hay que echar un vistazo a las obras de Shakespeare para ver los elogios de Enrique V a Inglaterra.

Otros puntos discutibles son sus afirmaciones que: “la gran mayoría de la población del mundo habla un único idioma” (Anderson, 1983: 38), cuando se puede comprobar que casi la mitad de las personas del mundo dominan más de uno, y que: “ningún gran pensador ha sido nacionalista,” opinión ésta última que comparte con Hobsbawm (ver abajo). El nacionalismo es visto casi como una patología, una enfermedad, tan inevitable como la adolescencia, la enfermedad de Alzheimer o las malformaciones congénitas. Creo que Anderson exagera.

Además, el libro de Anderson contiene importantes lagunas a la hora de definir la identidad, o mejor dicho, las identidades. Faltan importantes matices, como el hecho de que prácticamente sólo habla de la nacionalidad, y muy poco de las diferentes identidades que tenemos (como mujer, blanco, persona mayor, niño, etc.) que podemos sentir a lo largo de nuestras vidas, o incluso de un mismo día, dependiendo de la situación en la que nos encontramos. Tampoco habla del hecho de que hay identidades inevitables como padre, blanco, inglés, londinense, pero que hay otras que son evitables o que se pueden escoger o renunciar, tales como aficionado al ajedrez, fan de un club de fútbol, marido, simpatizante de un partido político, etc. Tampoco distingue entre las identidades menos y más importantes.

6.- OTRAS OPINIONES

Eric Hobsbawm (1990: 12-13) opina, igual que Anderson, que: “Ningún historiador serio de las naciones y del nacionalismo puede ser nacionalista comprometido políticamente. El nacionalismo requiere creer en cosas que claramente no son ciertas. Los historiadores son profesionales que tienen la obligación de no equivocarse, o al menos esforzarse en el empeño”. Por otra parte, en su famosa conferencia de 1882 “Qu'est ce qu'une nation?”, Ernest Renan (1882/1947: 902) afirmó que la identidad nacional dependía de una memoria selectiva y distorsionada de acontecimientos pasados: “El olvido, y yo diría los errores históricos, son un factor imprescindible a la hora de crear una nación, así que los avance en el estudio la de historia es un peligro para el nacionalismo”.

Si uno construye una historia nacionalista, la tentación es narrarla para que diga lo que uno quiere, o se “imagina”. Pero si nos remontamos al pasado, e intentamos ver las cosas que ocurrieron desde un punto de vista neutral, no existen negro y blanco, sino muchos tonos de gris. Por ejemplo, por mucho que simpaticemos con las tribus indígenas, en contra del imperialismo occidental, no nos podemos olvidar de que han cometido torturas, abusos sexuales, y han practicado la esclavitud por todo el mundo. Hubo conflictos salvajes entre Maories, Aborígenes, Aztecas, Mayas y entre las tribus celtas. Fueron responsables de la deforestación y la extinción de muchas especies de animales. Si no hicieron más destrozos, fue porque no tenían la tecnología para hacerlo, no por respeto al medio ambiente.

Otro historiador, Paul Ward (2004), es relativista, aproximándose también a la línea de Anderson. Afirma que las fronteras nacionales son temporales, y lo demuestra mirando la historia de la isla de Gran Bretaña. A veces, se ha dividido en condados, en áreas de influencia de barones, en el terreno de una Guerra Civil, en tres países, en uno, y ahora puede que vuelva a ser territorio de tres países. Su argumento es

que ninguna de estas opciones es la “correcta”, ni necesariamente “impuesta” por otros, sino que es “imaginada” por los grupos que están en el poder. Asevera que, en este sentido, es igualmente válido proclamar una identidad escocesa que una galesa, que una inglesa, que una británica, que ninguna, y que además estas identidades no son auto-excluyentes. Si una identidad británica se puede considerar “impuesta”, también se podría considerar así una nacionalidad galesa. Pasando a las opiniones de Tom Nairn (1977/2003: 172), éste afirma que el hecho de ser “británico” se asocia con el imperio, y al dejar de existir el imperio dejará de haber un “Reino Unido”. Lo que quiere decir es que la pertenencia a una nación u otra es cuestión de intereses y voluntades: los ingleses llevan muchos años dentro de la Unión Europea sin estar la mayoría a favor de ser miembros de ese club, y lo mismo pasa con muchos escoceses y galeses en relación con el Reino Unido. La “identidad” es un término con connotaciones positivas: si careces de identidad, suele ser solo porque no has podido encontrarla. La identidad es lo que te puede aportar ser un país, y lo que aspira a tener un pueblo que todavía no es un país, que no tiene territorio propio. En este sentido, algunos escoceses se sienten frustrados al cumplir los requisitos para ser nación pero serlo sólo de forma incompleta.

John Edwards (2009: 157) afirma que la identidad étnica es una forma de racismo. Mientras las fronteras entre ellas están cambiando constantemente “el nacionalismo hace uso de una etnicidad pre-existente”. El nacionalista nunca entra en profundidad en la cuestión de si esta ascendencia común es de raza, geografía, lengua o religión, porque es una cuestión que puede levantar polémica. En este respecto, Anderson considera que es un dato positivo, por ejemplo, que ningún monarca puramente inglés se haya sentado en el trono de Inglaterra desde principios del siglo once. “Desde entonces, un desfile multicolor de normandos, galeses, escoceses, holandeses y alemanes se ha sentado en el trono. A nadie le importaba de dónde provenían los reyes hasta que el nacionalismo azotó el país durante la Primera Guerra Mundial (Casa de Windsor).” (Anderson, 1983: 83) De hecho, los imperios siempre han sido impulsores de globalizaciones y mezclas étnicas desde tiempos inmemoriales, aunque los imperios hayan sido racistas a la hora de elegir su clase gobernante: sólo los ingleses, escoceses y galeses se movían libremente por el imperio británico.

En dirección contraria, encontraremos a Anthony Easthope (1999: 11), quien rechaza la afirmación de Anderson de que todas las identidades menos las más inmediatas y palpables son de alguna manera artificiales, pero sí admite que son la imaginación y el discurso que establecen tanto a la comunidad como la identidad. La identidad colectiva es un proceso por el cual uno consigue establecer su lugar en el mundo, y Easthope afirma que la mayor parte de las identidades sólo se sostienen en contra de otras. Una identidad gallega se opone, naturalmente, a una española. Easthope admite que Anderson hace una contribución útil al estudio del nacionalismo, especialmente su observación que el estado moderno nació en América, no en Europa, pero afirma que su argumento principal es demasiado simple, cuando afirma que la idea de “nación” es artificial, y que el ejemplo que Anderson conoce mejor (Indonesia) no es típico, sino una excepción. Comenta Peter Rutland, en una reseña, que el propio título del libro de Anderson es engañoso, ya que las naciones no son imaginadas sino que son muy reales, pero Rutland es injusto: lo que afirma Anderson es justamente que llegan a nacer las naciones porque tienen una existencia previa en la imaginación de la gente.

7.- CONCLUSIONES

Oímos muchas veces generalizaciones en las conversaciones diarias acerca de las habilidades, la inteligencia, las maldades y bondades de ciertos pueblos y de ciertas naciones desde tiempos inmemoriales, pero nunca apoyadas en pruebas fehacientes. Puede que sea fascinante recordar lo que ocurrió en el trozo de tierra que habitamos en el pasado, pero identificarse con los que vivieron allí no tiene lógica. Así que, ¿con quién nos identificamos? Somos personas cuyas moléculas se renuevan cada siete años, así que no somos la misma persona que hace siete años, y ni siquiera nos podemos “identificar” con esa persona, en un sentido estricto. Nuestro pasado es, y nuestros antepasados son, afortunadamente, una mezcla de identidades. Anthony Birch (1989: 13) dice que es: “[...] identificado como londinense cuando está en el norte de Inglaterra, como inglés cuando está en Escocia, como europeo en África, como blanco en Harlem ... se burlan de mí por mi acento inglés en Irlanda, y se burlan de mi acento irlandés en Inglaterra”. Así que podemos tener muchas identidades al mismo tiempo.

La afirmación de Hobsbawm de que un historiador serio no puede ser nacionalista tiene algo de razón: los nacionalistas exageran el valor de “sus” ejércitos e intentan minimizar los del “enemigo”, aunque, como hemos visto, quienes eran “nosotros” y “ellos” hace cientos de años no está muy claro. Como nos demuestra Anderson, la nación no es una entidad fija, sino que cambia a través de la historia según los intereses y el poder adquiridos por unos sectores de la sociedad u otros. A partir de ahí, lo que ostentan el poder nos intentan convencer, a través de banderas, manipulaciones varias, medios de comunicación, ceremonias, racismo (transmitido oculta o abiertamente), de que pertenecemos a un grupo, excluyendo a otros. Es una manera de transmitir afecto hacia los de “casa” y odio, rechazo y envidia hacia los pueblos que nos rodean. El *campanilismo*, el hecho de identificarse con las gentes con las que se ha convivido, provocando una reacción contraria en los pueblos alrededor, se manifiesta a través del odio y de la envidia, con frecuencia sin motivo, hacia los habitantes de localidades cercanas, a pesar de que suelen ser muy similares a las propias. Se exageran las virtudes propias y se desprecian las ajenas.

Es muy difícil no ser nacionalista en un contexto histórico donde el país de uno está siendo agredido, pero es igualmente fácil entender que el nacionalismo haga que los pueblos alrededor se sientan amenazados cuando un partido nacionalista llega al poder en un país o una región vecino. El nacionalismo, a veces disfrazado de progresista y a veces de conservador, es un retroceso en el sentido de que ha fomentado la idea de que ciertos pueblos pertenecen a un lugar, y otros pueblos pertenecen a otro lugar. De ahí que si un pueblo transgrede esas fronteras está fuera de su espacio natural y es legítimo que sea expulsado, devuelto a su territorio de origen. En este sentido, el nacionalismo está a un solo paso del racismo: el orgullo de la raza celta o aria, árabe o africana. El nacionalismo resiste los cambios históricos mejor que el racismo, pero son parecidos, y un cierto racismo subyace en los nacionalismos.

No existe ninguna garantía de que una entidad política, por ser más pequeña, vaya a tratarlo con más justicia. No hay ninguna razón para pensar que una nación recién creada sea más justa que la anterior – ¿son menos violentos o más justos los Mossos d’Esquadra que la Guardia Civil o la Policía Nacional? Es menos corrupto la diputación o ayuntamiento de una provincia gallega que el gobierno de Madrid? Es más civilizada Bosnia que Rusia por ser más pequeño? No necesariamente. Tenemos que

vigilar los derechos humanos sean cuales sean las fronteras establecidas. Existen ricos y pobres, vulnerables y poderosos en todos los estados. De hecho, puede que una entidad más pequeña, como un pueblo, sea más manejable para un gobierno que una grande – el hecho de que todo el mundo conoce a todo el mundo puede producir el miedo a represalias a nivel local, mientras que el gobierno central es más anónimo.

Juntando estos dos conceptos, nación e identidad, construiremos un polvorín lleno de explosivas posibilidades, que ha sido fuente de mucho sufrimiento y muchas muertes, además de mucho valor y altruismo. El libro de Anderson, aunque a veces le falta rigor, sirve de advertencia acerca de los excesos tanto del nacionalismo como de la lingüística “prescriptivista”.

Referencias bibliográficas

- ANDERSON, Benedict (1983). *Imagined Communities: Reflections on the Origin and Spread of Nationalism* Verso: London and New York.
- BIRCH, Anthony H. (1989). *Nationalism and National Integration* London: Unwin Hyman.
- EASTHOPE, Anthony (1999). *Englishness and National Culture* London: Routledge.
- EDWARDS, John (2009). *Language and Identity* Cambridge: Cambridge U. P.
- GELLNER, Ernest (1964/1983). *Nations and Nationalism* (New Perspectives on the Past Series), Ithaca, NY: Cornell U. P..
- HOBBSAWM, Eric (1990). *Nations and Nationalism since 1780* Cambridge: Cambridge U. P., pp. 12-13.
- JENSEN, Christian & THØGERSEN, Jacob (2011). “Danish university lecturers’ attitudes towards English as the medium of instruction” *Ibérica* 22, pp. 13-33.
- NAIRN, Tom (1977/2003). *The Break-up of Britain: Crisis and Neo-nationalism* New York: Common Ground Publishers.
- ORWELL, George (1945). *The Decline of the English Murder and other Essays* Harmondsworth: Penguin.
- PHILLIPSON, Robert (1992). *Linguistic Imperialism* Oxford: Oxford U. P.
- RENAN, Ernest (1947/1882). “Qu’est-ce qu’une nation?”, *Oeuvres complètes de Ernest Renan* Paris: Calmann-Lévy (vol. 1).
- SIMONS, Geoff (1994). *Iraq: From Sumer to Saddam* London, Macmillan.
- TRUDGILL, Peter (1975). *Accent, Dialect and the School* London: Edward Arnold.
- WARD, Paul (2004). *Britishness since 1870* London: Routledge.

Páginas web

http://www.historyhouse.co.uk/articles/nelsons_navy.html